

"Sólo la muerte transforma la vida en destino". Marguerite Yourcenar

PERGOLA

de la Cultura

Kultura gehigarria

Nº 233 • Noviembre de 2012



Lágrimas de sangre

Drácula es un personaje con tantas caras como las miles de películas, fotos y dibujos del gigantesco archivo interminable dedicado al mito del conde extranjero, exótico, malévolo y chupasangres que se inventó Bram Stoker en 1897. Ahora, en el centenario de la muerte del escritor irlandés, *Drácula* sigue siendo una historia épica, llena de suspense y misterio. Del viaje aterrador de Jonathan Harker, hasta el enfrentamiento final inolvidable a la sombra del castillo del conde, la historia nunca se ralentiza o se detiene. La popularidad de Drácula, y su efecto en la cultura y la sociedad es evidente por la forma en que perdura a lo largo del tiempo. Como dijo el conde: "Bienvenido a mi casa. Venga libremente, váyase a salvo, y deje algo de la alegría que trae consigo".

Páginas 4 y 5

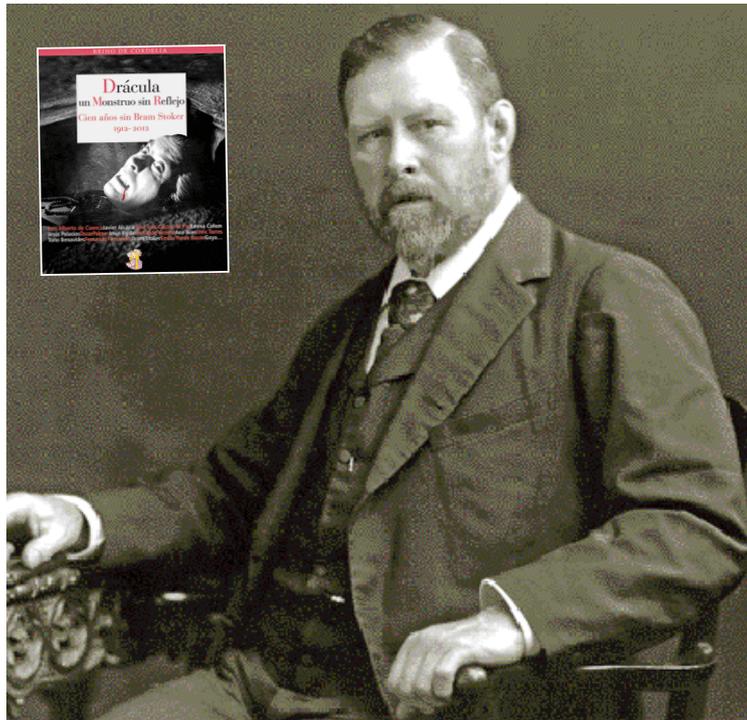
Drácula vuelve a salir de su tumba

Stoker fue un niño enfermizo que pasó los siete primeros años de su vida en la cama, escuchando las historias que le contaba su madre. Stoker estudió en el Trinity College de Dublín y se hizo de joven todo un atleta, experto en halterofilia y en las carreras de fondo. Se graduó en Matemáticas, consiguió un puesto de funcionario y después ejerció de mano derecha de un autor de relumbrón en su época, Henry Irving. Pero nada sabríamos de él si sólo fuera por este currículum, si no hubiera escrito el libro de ese extraño personaje que clava sus colmillos a las muchachas para enviarlas a un territorio zombi, situado entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Como se cumple este año el centenario de la muerte de Stoker, la figura de hombre vampiro ha vuelto a salir de su tumba gracias a libros como *Drácula, un monstruo sin reflejo. Cien años sin Bram Stoker, 1912-2012* (Editorial Reino de Cordelia). La obra contiene artículos sobre el autor y sobre esta obra, y también sobre el tratamiento que ha tenido y sigue teniendo en la literatura, el cine, el cómic y la ilustración. Como aliciente añadido, las decenas de imágenes incluidas en el volumen así como dos relatos, uno del propio Stoker, *El invitado de Drácula*, y el primer cuento vampírico de la literatura española, *Vampiro*, de Emilia López Bazán.

Personajes con afición o necesidad de chupar la sangre del prójimo ha habido unos cuantos además del conde transilvano. Jesús

Se cumplen cien años de la muerte de Bram Stoker, el autor de la novela sobre el conde vampiro, el mito del malvado foráneo que tanto éxito ha tenido en la cultura popular



Abraham 'Bram' Stoker (8 de noviembre de 1847, Clontarf - 20 de abril de 1912, Londres)

La figura del conde Drácula ha dado pie a numerosas interpretaciones filosóficas y políticas

Egido, que presenta el libro, se remonta a la cultura asirio-babilónica, con la figura de Lilith, de cuerpo alado y a la vez reptante, simbólica contraposición en esta mujer de cuerpo desnudo que bebía el espo líquido vital. Como también lo hacían las estriges de los griegos clásicos, hijas de las harpías, hasta las estrellas de rock, que en vez de bebérsela se la renovaban en clínicas suizas para desprenderse de la que ya tenían contaminada por los excesos, para introducirse una bien oxigenada con la que poder seguir con ellos. Egido cita a los Rolling Stones.

Malvados porque el vampirismo siempre ha estado asociado con la atracción por el peligro, con la seducción fatal. En 1751, el dominico francés Augustin Calmet publica el primer gran libro sobre el tema con el título de *Tratado sobre las apariciones de espíritus y sobre los vampiros o revivientes de Hungría, Moravia, etc.* En él contaba casos como el ocurrido en Krislova, localidad de la baja Hungría, en septiembre de 1720. Cuando desenterraron el cadáver de Pedro Plogojowitz para investigar la muerte de algunas personas, que aparecieron con marcas de colmillos en el cuello, el

cuerpo del muerto mostraba una extraña lozanía, quizá porque tenía sangre fresca en la boca. Por ello, le clavaron una estaca de en el corazón y le incineraron.

El mismo Goya retrató a los vampiros comiéndose a un hombre en uno de los grabados de la serie *Los Desastres de la guerra*, titulado *Las resacas*. Como apunta Egido, en pleno Siglo de las Luces, el XVIII, surgió toda una preocupación por lo sombrío, lo tenebroso y lo gótico, que se ancló con fuerza entre el pueblo supersticioso, todavía inmaduro para gobernarse por la razón. Así discurría fray Benito Jerónimo Feijoo que, haciéndose eco de las creencias vampíricas, trataba de aplicar en sus *Cartas eruditas y curiosas* el sentido común, y razonaba que los vampiros se pudrirían metidos en un sepulcro y que, de estar vivos, no tendrían fuerza para abrirlo, con lo que también acabarían pereciendo.

De nada sirvieron estas llamadas a la cordura. El mito siguió vivo. Después de que una serie de autores menores lo trataran también en el siglo XVIII, el mismísimo Goethe publicó el poema *La novia de Corinto* al final de la centuria, en la que una vampíresa abre su tumba para morder la



Vlad Tepes, 'El Empalador'

sien de su amado. Con esta aportación del ilustrado alemán se inaugura la época en que estos personajes malignos comenzaron a ser mujeres, gracias a las obras de Jan Potocki (*El manuscrito encontrado en Zaragoza*) o E.T.A. Hoffman (*Vampirismo*). Fue el tiempo en que la novela gótica dio sus mejores frutos, con obras maestras como *Frankenstein*, de Mary Shelley.

Por tanto, el tema no era desde luego una novedad cuando Stoker lo cogió en sus manos. No obstante, supo darle un tono popular que le llevó a un éxito sin precedentes. Como cita Egido de la obra del irlandés, "en nuestro

científico, escéptico y positivista siglo XIX", según decía uno de los personajes de *Drácula*, Mina Harper, un monstruo encerrado hace siglos, que sólo puede salir de noche y que teme a los crucifijos, un conde con una gran biblioteca en su castillo y el aliento fétido, surge de las tinieblas y conquista el corazón de millones de lectores.

Drácula contrata los servicios de una agencia inmobiliaria londinense para acercarse a una joven cuya yugular le tiene obsesionado desde que la contempló en una foto. Si es capaz de hincarle los colmillos y desangrarla, se garantizará su compañía eterna. No es un trabajo fácil, ya que para

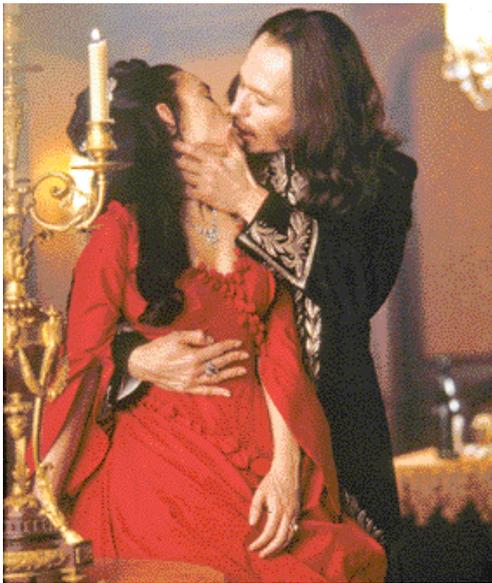
tratar de llevarlo a cabo tendrá que convertirse en lobo y en vampiro, intentará controlar plagas de ratas y llevará sus ataúdes de un lado a otro por el Londres de finales del siglo XIX. Como enemigos tendrá a un grupo de personas lideradas por el profesor Abraham Van Helsing.

La novela se desarrolla a través de cartas, entradas de diarios y escritos similares firmados por los personajes protagonistas. El relato comienza cuando un joven abogado inglés, Jonathan Harker, viaja al castillo del conde Drácula, situado en un remoto paraje de los Cárpatos, en la frontera entre Transilvania, Bukovina y Moldavia, para gestionar una compra inmobiliaria a cargo del extraño aristócrata.

Una vez alojado en el castillo, Harker empieza a ver cosas raras y, rompiendo con la prohibición que le ha impuesto el conde, sale de noche de su habitación y cae bajo el embrujo de tres mujeres vampiro, Las Hermanas, aunque el propio Drácula le salva de la mordedura porque le necesita para agilizar sus asuntos legales. Una vez en Londres, el aristócrata vampiriza a Lucy, amiga de la novia de Harker, que es su verdadero objeto de deseo. Para tratar a Lucy, sus allegados llaman al profesor Van Helsing de Amsterdam, que enseguida descubre la causa de su extraño estado. A partir de aquí, todo será una lucha por desmascarar y derrotar a Drácula.

Stoker tardó siete años escribiendo su libro. A partir de su publicación, las páginas sobre el personaje multiplican por miles a las de la novela original. Incluso hay expertos universitarios y sesudas revistas dedicadas al personaje. Una de esas autoridades es la profesora canadiense Elizabeth Miller, que se ha esforzado en negar la relación entre Drácula y Vlad Tepes, alias 'El Empalador', príncipe de Valaquia, que para defender su territorio de los avances otomanos mandó empalar a 40.000 turcos. En su opinión, Stoker ni siquiera llegó a conocer la historia de este príncipe, cuyo único punto de conexión está en que ambos eran del mismo territorio, parte de lo que hoy es Rumanía.

Pero más allá de las precisiones históricas, la figura del conde ha dado pie a numerosas interpretaciones filosóficas y políticas. Toda una escuela de críticos ha visto el viaje de Harper como un modo de resaltar las diferencias entre el Oeste y el Este, entre la civilizada Londres y la primitiva Transilvania, entre el racionalismo y la superstición, entre el progreso y el estancamiento, o entre el orden y la confusión de lenguas de esa zona, en la que hablaban idiomas eslavos, latinos, germanos y gitanos. En una onda similar, algunos han visto en ese lugar donde habitaba Drácula un trasunto de Alemania, con una política expansionista a finales del XIX que puso en guardia a los británicos. El viaje del conde a Londres funcionaría

Fotograma de *Drácula* de Bram Stoker

así como una alegoría de una posible invasión de los malvados alemanes. Así, *Drácula* inauguraría el género sobre invasiones que tanto éxito tuvo en la Guerra Fría, sólo que en vez de vampiros en este último caso fueron marciales; y en vez de alemanes, soviéticos.

Asimismo abundan las lecturas sexuales del mito, si bien los hay que piensan que Stoker no fue consciente de este contenido latente y los que aducen que no pudo ser del todo ingenuo, ya que vivía en un mundo, el del teatro, que en su época destacaba por su falta de pudor. En cualquier caso, ninguna de las críticas periodísticas o de revistas de la época reflejó este aspecto, ni la censura se apercebó de él. Sin embargo, el psicoanalista Ernest Jones, disci-

pulo de Freud e introductor de su obra en el mundo anglosajón, relacionó la creencia en los vampiros con las perversiones sexuales y con la tesis freudiana de que los miedos mórbidos esconden deseos reprimidos. De ahí en adelante, las interpretaciones de esta clase se han sucedido una tras otra. Entre las ellas, la que concede a *Drácula* el estatus de figura paterna dotado de un gran poder, al que los más jóvenes quieren destruir para quitarle su monopolio sexual.

Sea como fuere, el mito de *Drácula* sigue vigente y muerde de la curiosidad de todo el que se acerca a él. ¿De qué sangre se alimentó *Crepúsculo* si no es la de la del conde vampiro?

Iñaki Esteban

Monstruos y clones

A pesar de que *Drácula* no es exactamente un monstruo creado por el hombre, como Frankenstein, sí comparte con los de esta especie su carácter de monstruo casi humano, criaturas que protagonizan ese género que se ha dado en llamar novela gótica o novela fantástica. Un libro de reciente publicación, firmado por el divulgador científico Philip Ball con título de *Contra natura. Sobre la idea de crear seres humanos* (Turner editorial), trata de esos seres. También toca la clonación o los llamados bebés probeta, pero no se olvida de la historia mítica y literaria de una larga saga de personajes en la que se incluyen el homínido de la tradición judía a la reproducción de niños programados en *Un mundo feliz* de Aldous Huxley.

Hasta la Ilustración, se asumía que era posible crear formas de vida inferiores a partir de materia orgánica. Pero en el siglo XIX, el siglo de la biología, esa idea de la generación espontánea quedó totalmente desacreditada, y ocupó su lugar la posibilidad de crear vida artificial, que podría ser inferior, igual o superior a la humana.

Desde el punto de vista religioso se consideró una idea blasfema ya que sólo Dios podía dar vida, aunque enseguida se matizó, y así, para resolver el entuerto, los seres artificialmente creados tuvieron esa característica monstruosa, la carencia de alma, de sentimientos, como Frankenstein. El alma, escribe Ball, se convirtió en la señal de distinción de los humanos respecto a sus propias criaturas artificiales.

Fue una forma sencilla de cerrar el debate ético, que vuelve a abrirse con la posibilidad de la clonación, un proceso biológico que incluye el espíritu, algo que los científicos no conciben ya como algo aislado del cerebro.



Vampiros de celuloide

En este punto del relato, cuando celebramos el centenario de la muerte de Bram Stoker, no cabe duda de que la lectura filímica de la mitología vampírica ha corrido en paralelo a las vanguardias cinematográficas de la pasada centuria. Si el clásico de Murnau (de cuyo rodaje dio buena cuenta Elias Merhige en *La sombra del vampiro* desde los parámetros de la fábula) introdujo al personaje en el debate cinéfilo, la Universal, con el *Drácula* de Tod Browning y Bela Lugosi como punta de lanza, lo elevó a icono popular del siglo XX. En la década de los setenta, el controvertido Werner Herzog rescataría el opus expresionista pervirtiendo lo que de trágico y pesimista rezumaba el texto del irlandés. Película que conoció una demencial secuela en localizaciones venecianas, firmada por el productor italiano Au-

preta al mismísimo Conde, que abandona los Cárpatos rumbo al país transalpino en busca de amante. Polanski, que hizo un pequeño cameo en ésta, había filmado siete años antes *El baile de los vampiros*, estupenda comedia de aires paródicos que remitía a las texturas de la Hammer. También, en plena fiebre del 'blasphématation', el *Blacula* de William Crain, financiado por la American International Pictures de James H. Nicholson y Samuel Z. Arkoff. Bendecida por el público en la taquilla, motivaría el estreno, un año después, de una segunda entrega y del

de Michael Powell y Emeric Pressburger para un succulenta aventura que anticiparía la perspectiva neorromántica de Anne Rice. Artesanía elevada a la categoría de arte que se benefició del talento de profesionales como la diseñadora de vestuario Eiko Ishioka, el fotógrafo Michael Ballhaus o el músico Wojceah Kilar. Otro Coppola, Christopher (sobrino del patriarca), dirigió a finales de los ochenta *Dracula's widow*, otra vuelta de tuerca que ejercía de poema de amor a los clásicos de la Universal y la Hammer con la malograda Sylvia Kristel (piedra angular

El clásico de Murnau, 'La sombra del vampiro', introdujo al personaje en el debate cinéfilo



gusto Caminito, con la presencia de estrellas en declive como Donald Pleasence o Christopher Plummer.

Desde que Christopher Lee interpretase el rol titular en 1958, la combinación de hemoglobina y erotismo se convirtió en la marca determinante de la Hammer. Otra vía para repensar el status del monstruo clásico que olvidó los axiomas morales que lo acorralaban hasta alcanzar su cumbre en *Drácula, príncipe de las tinieblas*. No menos recomendable, durante el apogeo del cine de artes marciales propiciado por el éxito internacional de Bruce Lee, la deliciosa *Kung fu contra los siete vampiros de oro* de Roy Ward Baker.

En el terreno del cine de culto, *Blood for Dracula*, una coproducción italo-estadounidense que, dirigida por Paul Morrissey al amparo de la Factory de Andy Warhol, vendría a ser, junto a su compañera natural *Carné para Frankenstein*, la quintaesencia del trash coetáneo: humor transgresor, sexo perverso, sangre a raudales y atmósfera decadente a la europea. En esta ocasión, el inefable Udo Kier inter-

disparado *Blackenstein* de William A. Levy. En cuanto al pantanoso terreno del 'mondomacabrisimo' (recurriendo a la denominación acuñada por Pete Tombs para designar los insólitos tesoros alumbados por "el lado más salvaje del cine mundial") emerge *Dracula Istanbul' da*, pasto de programas dobles, filmotecas y festivales de género que revisa, desde el costumbrismo y la idiosincrasia nacional turca, la producción literaria en torno a la figura nacida de la pluma de Stoker. Este *Drácula* no teme a la cruz sino al Corán y se deja seducir, no por el espíritu bohemio de Londres, sino por la sensualidad de un Estambul luminoso. Aún con concesiones, respeta con tanta gracia como torpeza el original asumiendo las maneras de un Ed Wood provinciano.

Obviando el *Drácula* de John Badham con Frank Langella como principal reclamo, aún debería llegar la estilizada actualización de Francis Ford Coppola. Iconografía fin de siècle, referencias a la obra pictórica de Klimt y otros simbolistas o aires de fantasía oriental deudores

de la saga *Emmanuelle* como protagonista.

Ya en la última década, el canadiense Guy Maddin, cuya devoción por la estética de la edad dorada del cine alemán y los severos estudios en el campo del montaje de los popes soviéticos ha engendrado una filmografía exquisita, triunfaría en el Festival de Siges con la multidisciplinaria *Dracula, pages from a virgin's diary*. Precisamente, el certamen catalán acogía este año la premiere española de la destaralada *Drácula 3D*, perpetrada por el veterano Dario Argento bajo la atenta mirada de un Enrique Cerezo que también comparte tareas de guión.

A la espera de *Historia de la meva mort*, un proyecto de Albert Serra que, a costa de describir la transición del Racionalismo al Romanticismo, cruzará en su camino a *Drácula* con Casanova, hasta aquí llega nuestro recorrido. Terriblemente incompleto (por el camino omitimos a realizadores como Jess Franco o Pere Portabella) aunque generoso como aperitivo.

David López